

Quiero, amigos míos, hablaros de una linda flor y de una hermosa virtud. Las habréis ya adivinado, seguramente, son la *violeta* y la *modestia*. El tema, como veis, no es de una gran novedad, pero, vamos, siempre se presta a sugerencias nuevas y siempre pueden seros de provecho las deducciones que logréis de su meditación.

Es la violeta, a nuestro modo de ver, la flor más humilde que existe, la más recatada, la más modesta en una palabra. Pero, paralelamente a esto, la consideramos, también, la más hermosa de color, la más bella de forma y la de fragancia más deliciosa.

Es flor *hermafrodita*. Sus sépalos son *libres* y los pétalos, de morada líbrea, son *libres* también. El medio, prolongado en un espólon corto y obtuso, aloja en su interior los apéndices portadores de los *nectarios*, que presentan los dos estambres inferiores de los cinco que la flor contiene.

En España son numerosas las especies de violetas: la común tiene su *corola* de tono morado, pálido o intenso, y a veces blanco. Su *aroma* tan sutil, tan sin rival, la delata allí donde se esconde, que es entre las hojas de la planta, la cual, a su vez, aparece en los ribazos y en los bordes de los senderos. ¡Cuántas veces habréis pasado inadvertidamente por su lado y cuántas, quizás, las habréis hollado con vuestras pisadas!

Tal es la violeta. Se atribuye a Ratisbonne, poeta francés, la siguiente referencia, hablando de ella: «Apenas Flora, la reina de las flores, acabó por hacer brotar la violeta, con encantadores tonos —los más delicados de su paleta—, con el cuerpo de una mariposa y el aroma delicioso que la denuncia en el surco, la dijo: —Hija de mi casto reino, ¿qué dón puedo todavía añadir a tu gracia celeste?— Dadme, señora —contestó la flor humilde— algo de hierba con que ocultarme...»

Como véis, pues, amiguitos, decir violeta es decir modestia y hablar de modestia es hablar de un aroma que, cual el de vuestra flor, supera al que exhalan las demás flores. Sed vosotros, por lo

tanto, modestos y pensad que entre todas vuestras virtudes la que más se os estimará es la que acabamos de decir. Ninguna como ella revela los méritos de una persona y ante ninguna sino ante ella, se abre la puerta del reino de la Verdad.

Luís Pérez Muñoz.

Colaborador antiguo de este periódico — con aquel su bello artículo «Rosas y Ortigas» y otros varios —; colaborador de «Escucha, niño...», florilegio o recopilación del Sr. Azpeurrutia; Maestro Nacional en Albacete; viajero por varias naciones de Europa; habla, además del español, algún otro idioma.

Fábulas de «Corazón».

Maritornes y su escoba.

Una zafia Maritornes, (y además bastante boba) llegó a cobrarle tal odio y tal coraje a la escoba, que, en cuanto tenía ocasión, y casi siempre la hallaba, como quien se quita un peso que le estorba, la tiraba...

Resentida de este trato tan injusto, la doliente escoba, llegó a quejarse a la zafia humildemente, y así le dijo, en su duelo, con su hueca voz de caña: —Tu proceder, Maritornes, por su ingratitude me extraña. Con asiduidad te sirvo y te ayudo en el aseo; ni me rindo del trabajo ni me duele el ajeteo. Para todo estoy dispuesta y, en tus manos, siempre lista: lo mismo mato ratones que soy la gran higienista...

¿Por qué me insultas y arrojas si te alivio en tus quehaceres, y, con el haz de mis palmas, hago todo cuanto quieres?...

Soy modesta, mas soy útil, y, aunque pobre en el vestido, lleno las obligaciones que por suerte me han cabido. Si me miras sobre el suelo, no soy vil aunque me arrastro: ¡he nacido y soy escoba... aunque quisiera ser astro!...

Y también tengo un consejo que no se allana a tu envidia porque... ¡tú haces la basura y yo, en cambio, la recojo!...

Melchor García Lobera

12-5-30.

(Prohibida la reproducción)

Cuentos insípidos.

IDHIO

Delante de la reja, llena de geranios y claveles, como una reja andaluza, se extendía la ancha plaza bordada de lindos jardinillos cuya verja, de altos barrotes, desbordaban atrevidamente los ramos del bruceo y del evónibus y las magnificencias de los árboles corpulentos, en cuyas copas las turbas de gorriones de toda aquella barriada no se daba punto de reposo en eso de piar y picotearse. A través de las frondas, veíase, en el centro, la artística fuente de la dra, vertiendo constantemente por las fauces de sus monstruos acuáticos raudales espumosos sobre opulentos tazones de mármol, siempre llenos de la preciosa linfa cuyo sobrante era tragado con glogloteos asmáticos por bocas invisibles.

Por la primavera, policromas las florecidas platabandas, rojos como piras de fuego los rosales, blancos los jazmines como el ampo de la nieve y verdes las frondas como diáfanas esmeraldas, los jardinillos esplendían a los rayos del sol como brillante paleta de colores y al declinar la tarde, perfumada y tibia, la plaza con el tropel infantil que irrumpía bullicioso como bandada de pájaros, se convertía en un guirigay de músicas y ruidos, mientras allá arriba los rayos del sol, ya en *ablatión*, ~~banaban~~ con rojos fulgores las copas de los árboles y los gorriones saltaban, piaban y se picoteaban.

Detrás de la reja, veíase la jaula, espléndido palacio donde *Chínín*, el más bello ejemplar de los conirrostrós, lloraba con piídos dulcísimos nostalgias indefinibles, esponjando su brillante plumaje en los rayos del sol que atravesaba